

BIBLIOTECA ALFONSO REYES  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTE

SOFÍA

BIBLIOTECA ALFONSO REYES  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

# SOFÍA



No se puede huir cobardemente del dolor, cuando éste llama á nuestra puerta; cuando nos rebelamos ante la voluntad divina, nuestra cruz se hace mucho más pesada; suframos en la ocasión, para no sufrir después doblemente, y digamos con humildad de corazón:—«Padre mío, hágase siempre y en todo vuestra voluntad!»

LA CONDESA DE VALFLORES.

## I

En una de las calles más solitarias de Burdeos, situada no lejos de su magnífico muelle, había, hacia el año de 1785, una casa de elegante apariencia: se conocía desde luego que tenía grandes condiciones de comodidad, y se componía de tres pisos.

Era la primera de la calle de San Nicolás, que hacía entonces esquina al Jardín de Plantas: esta calle, solitaria como ya queda dicho, no se hallaba extraviada, y la ocupaban casi en su totalidad comerciantes y armadores de la rica é industrial ciudad de Burdeos, tan alegre, tan laboriosa y tan bella.

Yo he pasado algunos días en aquella feliz población, y ninguna he visto que haya encantado más mis ojos y mi imaginación. París es ciertamente más brillante y más bullicioso: Londres, más grandioso y más soberbio; pero el mar azul de Burdeos, su cielo rico de luz, su radioso sol, su campiña fresca, perfumada, exuberante de verdor y de flores, sus parques llenos de niños, no tienen comparación con nada en el mundo.

Pasando de la naturaleza al arte y á la industria, y de lo que encanta los ojos y el alma á lo

que maravilla á la razón, no es posible ver sin admirarlos los milagros de la inteligencia, que allí habita como en su propia morada.

Aquel muelle, en el que se balancean sobre su lago azul un ejército de buques que ostentan á los dorados rayos del sol las enseñas de todas las naciones; aquella actividad con que se cargan y descargan los buques mercantes; el sonido del cañón, que señala en el puerto la entrada y salida de las embarcaciones; los armadores con sus familias esperando sus buques; los adioses, las despedidas, las bienllegadas, y mezclado con todos estos gritos del alma el vivificante rumor de la actividad humana; la mecánica obediencia de los marineros y cargadores, las voces de mando de los capitanes del puerto, las preguntas de los curiosos y los cantos de las niñeras que pasean los niños, hacen de aquel lugar un espectáculo que acaso no tenga igual en ninguna otra parte.

Enfrente del puerto se extiende el inmenso parque, plantado de árboles seculares, donde las jóvenes madres se sientan con su libro ó su bordado; de vez en cuando alzan los ojos y contemplan á sus hijos, que rien en los brazos de sus niñeras y nodrizas, sin cuidarse de aquel inmenso hormiguero humano, en el que acaso también se mezclarán algún día.

En la parte interior de la ciudad, los edificios son admirables, y el comercio tan floreciente, brillante y animado como en París.

La casa que antes he nombrado no tenía un aspecto espléndido, pero sí agradable y decente: comprenliase á primera vista que dentro de ella moraban dos cosas muy difíciles de unir: la inteligencia y la felicidad.

Todo anunciaba allí un bienestar tranquilo, decoroso y exento de fatigas: en el piso bajo se veía á través de las muchas ventanas abiertas, un salón espacioso y cómodo, amueblado con damasco violeta y madera de encina, un *budoir* vestido de raso verde y muselina blanca, y un comedor grande y guarnecido de muebles cómodos y sencillos.

En el piso principal se veía la actividad ordenada é igual de un despacho de comercio en una escala elevada.

El piso segundo y último estaba indudablemente dedicado á las habitaciones de los criados y á las faenas domésticas.

Algún extranjero había preguntado al pasar por aquella casa:

—¿Quién vive aquí?

Y siempre la respuesta había sido la misma:

—Una familia muy dichosa.

¿Qué individuos componían esta familia? Vamos á verlo, mis amadas lectoras.

Una dulce y embalsamada tarde de primavera del año á que ya me he referido, es decir, del año de 1784, los elegantes paseantes que se dirigían al Jardín de Plantas podrian ver á todos los habitantes de la casa sentados á la mesa, á poco que

hubieran mirado por la ventana del extremo de la izquierda, la más inmediata á aquel paseo.

Ocupaba el sitio principal un hombre de aspecto noble, y vestido con esmero: su rostro, un tanto flaco, tenía esa palidez, fruto de los graves cuidados de la vida, de cálculos penosos y de trabajos intelectuales apenas interrumpidos por cortas horas de descanso.

Sin embargo, la ancha frente de aquel hombre revelaba, á pesar de su palidez, una serenidad profunda: una dicha tranquila moraba en el fondo de sus ojos oscuros, cuya mirada algún tanto altanera, acaso contraída en la costumbre del mando, estaba templada por una bella sonrisa que enseñaba una blanca y perfecta dentadura.

Su nariz, larga y un tanto arqueada, daba á la fisonomía de aquel personaje un gran carácter de nobleza y de severidad.

Su traje era exactamente el que convenia á una persona de su edad, elegante sin pretensiones, y rico pero con sencillez; se componía de un pantalón de un color medio, completamente ajustado á la moda de la época; de una levita á la inglesa, negra, y de un chaleco blanco que con su exquisita camisa de batista, sin chorrera ni joyas, constituían la principal elegancia de su equipo.

Una corbata negra, pasando por debajo del alto cuello de la camisa, anudaba sus pliegues de raso bajo la presión de una sola perla de un tamaño y una pureza admirables.

A su derecha se hallaba sentada una mujer encantadora: nunca el alma inmortal se ha revelado mejor bajo un cuerpo ligero y elegante, ni se ha asomado á unos ojos más puros y más hermosos que á los de aquella maravillosa criatura.

Conociase, á pesar de estar sentada, que su estatura llegaba apenas á esa graciosa medianía, término entre las tallas elevadas y las muy pequeñas; era delgada sin flacura, esbelta y torneada con exquisita perfección; su cara, blanca y pura como un camafeo antiguo, estaba dulcemente iluminada por dos ojos que participaban del gris y del azul; una frente noble y abovedada respondía de su superior inteligencia; su boca, un poco triste, era movible, dulce, y quizá la facción más hechicera de su cara; gruesas trenzas de cabellos de un castaño claro se agrupaban en su cabeza, y su frente estaba gurnecida de bucles ligeros que le formaban una especie de aureola de poesía y de belleza.

Llevaba un vestido de seda verde, hecho de talle muy corto y mangas muy huecas, y una pañoleta blanca, resaltando en todos los detalles de su equipo una elegancia exquisita y una gracia natural.

Era la esposa del caballero que ocupaba el sitio principal de la mesa, y su edad no pasaba de los treinta años: aun éstos se le concedían al mirar á una niña sentada enfrente de ella, que se le

asemejaba como el capullo á la rosa, y que ya debía contar doce.

Vista sola aquella dama, apenas se le hubieran concedido veintiseis años.

La niña ocupaba la izquierda de su padre: estaba vestida de blanco; no era tan bella como su madre, aunque no se la podía negar el dictado de bonita; se la veía la primera vez sin que apenas se reparase en ella; pero si se la miraba la segunda, ya ejercía una atracción poderosa; y á la tercera, era imposible separar de ella los ojos y el pensamiento.

Sobre una frente graciosa, y más bien pequeña que ancha, como la de las estatuas griegas, se ensortijaba un bosque de cabellos rubios, sedosos y dorados; sus ojos, de un azul oscuro, se abrían bajo dos cejas de seda de un color castaño, lo mismo que sus largas pestañas; cuando se reía, su pequeña boca dejaba ver dos filas de dientecitos pequeños iguales como perlas; tenía la nariz pequeña y ligeramente levantada, y las mejillas redondas y rosadas ostentaban la encantadora lozanía de la infancia.

Conociase bien que aquella niña no sería jamás ni una mujer muy bella ni muy robusta; pero la gracia delicada y pudorosa, la inocencia, la sensibilidad, la dulzura de su bello y noble carácter, parecía residir en ella como una segunda y exquisita naturaleza.

Aquellas tres personas de aspecto tan distinto,

pero tan digno de llamar la atención, eran Mr. Restaud, negociante de Burdeos; Mme. Adela de Blaye, su esposa, y Sofia Restaud, su hija única, amada con pasión por ambos.

Otras dos personas ocupaban la mesa: la señorita Teresa Restand, hermana del jefe de la familia, y Gustavo Blaye, hijo de un hermano de Mme. Restaud.

La Srta. Teresa se hallaba muy próxima á cumplir los cuarenta años de su edad, aunque ella sólo confesaba treinta y dos: los que aseguraban que en aquella casa vivía una familia feliz, debían haber hecho una deplorable excepción en favor de la Srta. Teresa: la vida de esta persona era desdichada, pues la pasaba quejándose de todo y de todos.

Una solterona en una familia feliz, bien unida, y en la que hay individuos que poseen juventud y hermosura, es una mancha negra y una reprobación viviente de toda expansión y de toda alegría.

Mlle. Restaud, constantemente taciturna y descontenta, rehusaba siempre que podía la ternura y las atenciones de su hermano, de la esposa de éste, y hasta de la niña Sofia, que la amaba con todo su corazón.

La pobre señorita estaba flaca y casi amarilla; la bilis se mezclaba en gran cantidad á la sangre que circulaba por sus venas; dos ojos azules, casi siempre apagados, y que sólo se animaban por la

indignación, no alcanzaban á dar ninguna luz á su rostro seco y apergaminado; sus cabellos negros estaban peinados con pomada y pegados á las sienes; asemejábase su nariz al pico de un papagayo, y sus manos á dos manojos de nervios cubiertos con una superficie de delgada cera.

Empaquetada en su vestido negro de seda con su cuello blanco de muselina y su escofieta ceñida con una cinta color de lila, la Srta. Restaud se asemejaba á primera vista á una de esas buenas ayas inglesas, dulces, pacientes, y que regularmente han conocido ya, cuando se someten á su difícil cargo, todos los dolores del amor y de la maternidad.

Pero en cuanto hablaba la Srta. Teresa, no bien dejaba oír su voz áspera y chillona y su palabra helada é hiriente, ya se conocía que aquella mujer no había sido jamás ni esposa ni madre.

En fin, el quinto y último pesonaje, que ya conocemos con el nombre de Gustavo Blaye, y que se hallaba sentado con la esposa y la hermana del negociante, era un joven de diez y ocho años, gallardo, elegantemente vestido, y de una figura bastante bella, pero que no inspiraba la más leve simpatía.

Había en los negros ojos de aquel joven alguna cosa de amargo, de duro, de inquieto, permanente é incurable: cualquiera hubiera dicho que era hijo de Mlle. Restaud; y sin embargo, ningún parentesco les unía: tal era la semejanza que entre

ellos reinaba, no en las facciones, sino en la expresión.

De cuando en cuando la solterona y el joven se dirigían una mirada de mutua y venenosa inteligencia.

En aquella mirada había algo de terrible.

—Veo con mucho disgusto, dijo el negociante dirigiéndose á su mujer, que tampoco hoy habéis ido á las carreras de caballos: todo Burdeos ha asistido; ¿qué ha impedido el que fuerais vosotras?

—Sofía tenía empeño en aprender con perfección su lección de gramática, amigo mío, respondió con dulzura Mme. Restaud, y yo no he querido privarla de ese gusto.

—¡Perdón, papá! la culpa ha sido mía, dijo la niña; y tomando la mano de su padre, la besó con ternura.

—El caso es, dijo éste, procurando en vano mantener su gravedad después de esta dulce caricia, el caso es, que no se os ve en ninguna parte: ¿qué dirán de mí? acaso que os tengo encerradas con una tiranía sin ejemplo! ¿pensáis que eso me hace mucho favor?

—Amigo mío, dijo Mme. Restaud, si he de decirte la verdad, ni tu hija ni yo nos divertimos, sabiendo que trabajas sin descanso; que mientras vamos en nuestro carruaje luciendo trajes y sombreros nuevos, tú estás inclinado sobre tus libros, calculando, y acaso ¡ay! padeciendo, al ver pérdidas inesperadas...

Mr. Restaud pasó la mano por su freute al oír estas palabras, y durante un segundo su semblante retrató una emoción tan profunda como dolorosa; pero muy pronto se repuso y formuló una sonrisa.

—¡Qué disparate! dijo; los negocios van bien.

—¡Lo que es á mí, no me engaña! dijo la solterona al oído de Gustavo: ¡los negocios van mal y muy mal!

—Esta noche váis al teatro, prosiguió Mr. Restaud; y no admito réplica.

—¡Edmundo! exclamó Mme. Restaud; yo creí que ya habías dejado el abono, según yo deseaba.

—Pues no lo he dejado.

—¿Y para qué conservarle?

—Para que vayáis.

—Oye, mi querido Edmundo, dijo Adela inclinándose con una gracia encantadora hacia su marido; nosotras estamos mejor en casa; nada hay comparable á las deliciosas horas que pasamos Sofía y yo, un rato leyendo, otro bordando y otro conversando; cuando Teresa y Gustavo nos hacen compañía, entonces la tertulia es completa; pero aun estando solas mi hija y yo, no podemos estar mejor.

—¡Gracias! dijo secamente la solterona.

Adela, sin reparar ó sin querer notar aquella palabra, prosiguió así:

—Tú vienes á las once entre nosotras: el tener preparado el té para esa hora, es otro de nuestros

más dulces cuidados; lo tomamos los tres: tu hija te da cuenta de sus adelantos; toca en el piano su más nueva melodía, para que tú la oigas; hablamos otra hora, y se pasó la noche: ¿tú crees que en el teatro podemos ni Sofía ni yo pasarla mejor? Alguna vez irémos; pero todas las noches, es un verdadero sacrificio: créeme!

—Irémos contigo, cuando tú puedas ir, papá, dijo Sofía.

—Teresa, Gustavo, vosotros podéis aprovechar lo que resta de abono, salvo las noches que á estas caprichosas les ocurra ir, dijo Mr. Restaud, sonriendo al cobijar bajo una tierna mirada á su mujer y á su hija.

—¡Por mi parte, gracias! repitió airada la solterona: no me gusta tanto el teatro, que pueda aprovechar el desdén por él de tu mujer.

—Siempre que voy, te invito á que me acompañes, dijo la esposa del banquero con dulce acento.

—De muy mala gana.

—A la verdad, querida Teresa, que tu compañía no es muy agradable, repuso Mme. Restaud; nada de lo que ves te agrada; constantemente estás molesta y fastidiada, y yo sufro de verte descontenta con todo, y temo que Sofía adquiera la fatal enfermedad del aburrimiento: no obstante, siempre que te invito á salir conmigo, es con la mejor voluntad: cada uno tiene su carácter, y tú eres la primera víctima del tuyo.

Dichas estas palabras con notable calma y dignidad, Mme. Restaud se levantó de la mesa, y todos la imitaron.

—Querido Gustavo, dijo aquella á su sobrino, haz el favor de mandar que nos sirvan el café en el jardín; pasarémos un rato delicioso, pues van á venir Mr. y Mme. Lemonieau y sus dos hijas: vosotros seréis tambien de los nuestros, ¿no es verdad?

—Yo no, dijo la solterona: no me siento nada bien: el sollo me pone, siempre que lo como, en un estado deplorable.

—¿Por qué lo comes? preguntó riendo Mr. Restaud, ofreciendo el brazo á su mujer.

—¡Algo se ha de comer! repuso ella con acritud.

—¿Y no habrá otra cosa que sollo?

Adela y su esposo echaron á andar hacia el jardín; Sofía se apoyó con trabajo, á causa de su corta estatura, en el otro brazo de su padre: la solterona los siguió con una mirada envenenada.

## II

Como unos quince días después de la escena que queda referida, una elegante silla de posta se detuvo á la puerta de uno de los grandes hoteles de Burdeos, donde la vida se pagaba ya entonces á peso de oro; bajó de la zaga un ayuda de cámara, y después saltó del fondo un joven y elegante caballero que echó hacia atrás el cuello de su sobretodo de entretiempo y dejó ver una figura deliciosa.

Los criados que se hallaban en el patio y en lo alto de la escalera preguntaron:

—¿Quién es?

—Mr. Augusto Cottin, banquero de París.

—¡Apenas tiene treinta años!

—¡Qué deliciosa figura!

—¡Qué interesante rostro!

—¡Qué elegancia!

—¡Un cuarto, el mejor del hotel! gritó el ayuda de cámara; ¡pronto, que el señor espera!

—¿Queréis un departamento completo? preguntó el maestro-sala.

—Sí; ¡pero al instante!

—¡Es que es caro!